



¿Fin de la Historia?

Por SILVIA LAURA BABIO
2017

El cine, de acuerdo con Hobsbawm, transformó en profundidad el modo en que los hombres percibían la realidad a la vez que creó nuevas formas de ver o establecer relaciones entre las impresiones sensoriales y las ideas. Por lo tanto, cada vez que terminamos de ver una película, al igual que cada vez que terminamos de leer un libro, deberíamos ser capaces hacer un análisis o crítica que enriquezca nuestra capacidad pensamiento y que agregue, a los esquemas previos con los que contamos como decía Piaget, nuevos elementos que modifiquen e enriquezcan nuestras estructuras mentales, de lo contrario estaremos simplemente siendo adoctrinados con los mensajes que las industrias cinematográficas quieren encarnar en nuestras cabezas por ser ellas las que determinan quienes son “los buenos” y quienes “los malos” de la Historia.

La película “Good bye Lenin” está, del mismo modo, cargada de simbolismos y metáforas a los que podemos atribuirle mil explicaciones e interpretaciones, pero esas explicaciones e interpretaciones no dejan de ser impresiones subjetivas que pueden o no ser compartidas por otros. Sin embargo, podemos acordar sin demasiada discusión que la línea simple y eficaz que guía el argumento es que el protagonista monta una farsa que pretende simular que las modificaciones políticas que ocurrieron mientras su madre estuvo en coma no tuvieron lugar. La intención de “Alex” es evitar, de este modo, el shock que podría producirle a su madre la nueva situación. Por su parte, Berta, la madre del protagonista, es mostrada cumpliendo una labor de intermediación, vía cartas manuscritas, entre el pueblo común y los canales burocráticos mediante los que el régimen satisfacía las necesidades de la gente o corregía sus errores. Su tarea constituía un eslabón más dentro de un sistema que dependía de la lealtad de los cuadros que oficiaban de nexo entre el pueblo y el poder “...el tono general de los comentarios en occidente y, en especial, en Estados Unidos señalaba que el secreto del avance global del comunismo residía en el sistema organizativo de los partidos comunistas y en su cuerpo de cuadros altruistas y monolíticos que seguían lealmente la línea...” (Hobsbawm, 2016, 401). Luego de la marcha de su marido Berta, como dice en una frase el protagonista, “se casa con el régimen”, es decir, que a partir de allí comienza una labor de colaboración con el adoctrinamiento que se realiza con los niños en las escuelas, aparato ideológico por excelencia del estado de acuerdo con Althusser, a favor del régimen y del amor a su patria. Esta era la vida de una familia

media en Berlín casi finalizando la década del ochenta.

La “farsa” que buscaba darle tranquilidad a la madre convaleciente implicaba hacer de cuenta que todo seguía igual, que nada había cambiado desde el momento en que cayó en coma. El peligro residía en exponerla a “los cambios”. Entonces, deberíamos preguntarnos ¿por qué ese miedo al cambio, a lo nuevo?

A lo largo de la Historia hemos visto reiteradamente que el común del pueblo, o mejor dicho aquellos que fueran grandes o pequeños propietarios, optaban por políticas que prometían mantener el status quo y el orden porque tenían algo para perder, fuera poco o mucho, si el cambio no resultaba positivo. Esto dio lugar a que generalmente, el campesinado humilde, votara partidos conservadores capaces de mantener ese orden por miedo a la radicalización de las políticas de los representantes de aquella parte del pueblo que estaba completamente desposeída de bienes materiales. Apoyar las demandas de esos sectores, en el imaginario de las clases pequeño propietarias, daba lugar a un cierto margen de incertidumbre que no es tolerable cuando se prioriza, como ya señalamos más arriba, el orden. Hay un viejo refrán que refleja esta actitud popular y dice que “más vale malo conocido que bueno por conocer”. Asimismo, dentro de este ideario también era aceptado, por parte del pueblo, cierto autoritarismo en el ejercicio del poder que velaba por el orden. Por estas o por otras razones, que no somos capaces de determinar, podemos decir que es probable que en la Berlín comunista de 1989 no todos desearan un cambio en su estilo de vida como nos han “contado” siempre. De igual modo, podemos admitir que la llamada a la apertura política y económica que realiza Mijaíl



Profesorado de Historia

Gorbachov fué felizmente aceptada por los estratos intelectuales y políticos, pero no podemos afirmar lo mismo de la gran masa del pueblo para quienes el régimen soviético estaba legitimado y era perfectamente aceptado aunque más no sea, como dice Hobsbawm, porque no habían conocido otro.

Ahora bien, si podemos sostener que la presión para el cambio no venía del pueblo, entonces podremos afirmar que esa presión venía de “arriba” o de “afuera”.

La injerencia de Estados Unidos en la política llevada a cabo por Rusia en los países que se encontraban bajo su zona de influencia, con el pretexto de que el envío de fuerzas militares soviéticas a Afganistán constituía una ofensiva contra el “mundo libre”, comenzó a minar la estabilidad del sistema soviético. El envío de dinero y armamento a grupos fundamentalistas dio inicio a una práctica habitual, llevada a cabo desde Washington, para desestabilizar gobiernos poco serviles a su causa de dominio mundial hegemónico. Bajo estas circunstancias “Afganistán se convirtió, como algunas personas de Washington habían buscado, en la Vietnam de la Unión Soviética”. (Hobsbawm, 2016, 407).

La intromisión norteamericana produjo que la actuación militar en Afganistán significara para la economía rusa un esfuerzo excesivamente alto, debido a que “la democratización de los medios de destrucción hizo que los costes de controlar la violencia no oficial sufriesen un aumento espectacular” (Hobsbawm, 2016, 475). Por esta razón, se logró que el ascendente líder reformista soviético buscara terminar la guerra fría que los estaba desangrando económicamente.

La consecuencia fue que la ansiada (por parte de occidente) apertura soviética, el “glasnost”, que llevó a la desintegración de la autoridad junto a la “perestroika”, reforma que desmanteló los viejos mecanismos que hacían funcionar la economía rusa sin reemplazarlos por una nueva alternativa viable, derivó en un fuerte deterioro del nivel de vida de los ciudadanos haciendo, ahora sí, tambalear el régimen. (Hobsbawm, 2016, 410). El poder ya no estuvo en manos del partido sino que pasó a estar bajo la órbita del Estado. Desde ese momento, lo que el pueblo quiere, desea o necesita ya no es importante porque el poder ya no se legitima por la aceptación del pueblo sino que la legitimación se compra con dinero, “...en los años noventa (...) había aun, ciertamente, países cuyos ciudadanos aceptaban la idea de un Estado

fuerte, activo y socialmente responsable que merecía cierta libertad de acción, porque esta se utilizaba para el bien común. Pero, lamentablemente, los gobiernos de fin de siglo respondían pocas veces a este ideal.” (Hobsbawm, 2016, 490).

Mientras tanto en occidente los cambios se percibían de modo distinto. ¿Qué era lo nuevo? El fin del antagonismo ideológico y la prevalencia de un solo relato, el neoliberal, que se levantaba triunfante frente a la caída del socialismo. Es en este contexto que Estados Unidos se autoproclama guardián de la libertad del mundo basándose en el poderío militar que despliega y que, por supuesto, no duda en usar. Sus transnacionales van a expandirse a través de los distintos países, como en su momento lo hacían las legiones romanas, esclavizando a poblaciones enteras bajo el yugo de su propio modo de producción, e imponiendo el modo de vida que “ellos” consideran que debe prevalecer por ser el “vencedor”. A partir de entonces, el modelo neoliberal se propagó sin freno aumentando la brecha entre países ricos y pobres y logrando la concentración de la riqueza en un círculo cada vez más reducido de corporaciones porque ahora, el poder, ya no está siquiera en manos de los Estados sino que se encuentra bajo el dominio de grandes transnacionales que no tienen patria ni fronteras y, de las cuales, Estados Unidos se constituye como su brazo armado.

Los estados nación creados durante el siglo XIX han perdido su razón de ser, ya no existen fronteras ni soberanías que puedan ser reivindicadas, ahora la regla impuesta por los poderosos es la libre circulación, fundamentalmente, de capitales financieros. Son estas grandes empresas las que se instalan en distintos países para luego marcharse dejando tendales de desocupados y destrucción ambiental frente a la inacción de gobiernos corruptos o de gobiernos impotentes frente a un poderío mucho mayor que es capaz de desestabilizar el orden y hambrear la población frente a la mirada impávida del resto de las naciones. En otras palabras, el relato neoliberal, se sustenta en la idea de una democracia liberal en la que la política está sometida a la economía de mercado que es donde reside el verdadero poder, en virtud de esto, la política y los políticos serán presentados y tratados como un producto de marketing más. Asimismo, los grandes partidos políticos serán también víctimas de esta intromisión y faltan de autonomía de los Estados por parte de las transnacionales, por lo cual el



Profesorado de Historia

reclamo de una población indiferente e individualista a sus gobernantes por una mayor justicia redistributiva, es inexistente o descaradamente desoído: *“la decadencia de los partidos de masas, de clase o ideológicos, eliminó el principal mecanismo social para convertir a hombres y mujeres en ciudadanos políticamente activos. Para la mayoría de la gente resulta más fácil experimentar un sentido de identificación colectiva con su país a través de los deportes, sus equipos nacionales y otros símbolos no políticos que a través de las instituciones del estado”*. (Hobsbawm, 2016, 491). Esta indiferencia lleva a la gente a actuar únicamente por razones individuales, los grandes ideales que se apoyaban en el bien común, la ética y, fundamentalmente, en la solidaridad han pasado de moda. Ahora el individualismo egoísta y competitivo se apoya en una continua exposición virtual donde la capacidad de consumo es lo que marca la posición que el sujeto ocupa dentro de la sociedad. Los nuevos valores son impuestos desde los grandes medios de comunicaciones y las actuales “redes sociales”, que constituyen los nuevos aparatos ideológicos, no ya del Estado, sino de las grandes corporaciones, a través de los cuales nos imponen lo que debemos pensar y como debemos actuar.

En la película se ve claramente como los bancos occidentales despojan de los ahorros de toda una vida a los habitantes de la “Alemania vencida” mientras, ellos felices, cambian su dinero a razón de un 2 x 1 festejando el reemplazo de su moneda por el marco alemán. La precarización y la falta de trabajo se muestra como consecuencia de esta entrada al nuevo mundo y a la ideología consumista occidental que los engeguece bajo la idea de ser ahora “libres”: libres de trasladarse, libres de consumir lo que quieran y también libres de ser explotados conscientemente. Sin embargo, el orgullo alemán se encuentra en su momento de mayor fervor nacionalista disputando con el resto de mundo su hegemonía: Alemania campeón mundial de Fútbol 1990!!

Es en este contexto que tiene lugar la aparición de teóricos mercenarios que ponen su pluma al servicio de justificar y legitimar la prevalencia de esta ideología del consumo. La decadencia moral y ética del fin de siglo nos muestra como, al igual que muchos políticos, los intelectuales y científicos ya no tienen como finalidad la utilización de sus saberes o ciencias para el bien común sino que defienden intereses que benefician a quienes ponen en sus manos un

abultado fajo de dólares. Entre ellos, Francis Fukuyama es contratado por el departamento de estado norteamericano *“...dentro de un contexto de búsqueda de argumentaciones legitimadoras, elaboradas específicamente para servir a los objetivos de la potencia hegemónica mundial, los EEUU”* (Caballero, ..., 46). Dentro de su trabajo, el autor proclama el fin de la disputa ideológica a partir del triunfo del liberalismo que surge vencedor luego de batallar incansablemente contra las ideas capaces de arrastrar al mundo hacia el abismo: *“El siglo veinte presencio como el mundo desarrollado descendía hasta un paroxismo de violencia ideológica, cuando el liberalismo batallaba, primero con los remanes del absolutismo, luego, con el bolcheviquismo y el fascismo, y, finalmente, con un marxismo actualizado que amenazaba conducir al apocalipsis definitivo de la guerra nuclear”* (Fukuyama,--,3). Pero el proclamar al liberalismo como el héroe custodio de la libertad mundial no era suficiente para Francis, entonces, decidió decretar el fin de la Historia en virtud de la posibilidad de estar frente al *“punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano”* (Fukuyama, --,3). No obstante, en su proclama triunfalista Fukuyama comete un error al declarar el fin de los conflictos y confrontaciones y, en consecuencia, la industria bélica estadounidense, que factura miles de millones de dólares gracias a las políticas intervencionistas de los norteamericanos, perdería la razón de su existencia, o al menos a su cliente más importante: *“...en el estado homogéneo universal, todas las anteriores contradicciones se resuelven y todas las necesidades humanas se satisfacen. No hay lucha o conflicto en torno a grandes asuntos, y, en consecuencia, no se precisa de generales ni estadistas: lo que queda es principalmente actividad económica”*. (Fukuyama,--,5). Tan desafortunada conclusión debió ser salvada por otro intelectual a sueldo que resumió en su nuevo paradigma la necesidad de mantener la situación de hegemonía mundial norteamericana en pos del choque de civilizaciones que esta pronto a suceder. La fuente de los conflictos futuros no será ya ideológica o económica sino que será cultural. Por lo tanto, *“...del mismo modo que las leyes de mercado justificaban la pobreza y las leyes biológicas fueron utilizadas para justificar el Imperialismo, el nuevo paradigma de Huntington sobre el choque de civilizaciones no es sino la legitimación y justificación del etnocidio a escala*



Profesorado de Historia

universal". (Caballero,--,51). Este fomento de un mundo homogéneo y globalizado es consecuencia de la necesidad de seguir ampliando y facilitando el negocio de las transnacionales en cada uno de los estados que aun no se subordinan completamente a las despiadadas reglas del libre mercado y que no entregan libremente sus recursos naturales para que sean saqueados impunemente por empresas extranjeras.

Fukuyama habla del fin de la Historia cuando en verdad debería hablar de la repetición histórica de los abusos de los poderosos sobre los países menos desarrollados que se han dado constantemente a lo largo del tiempo. El saqueo Imperialista llevado a cabo por las potencias industrializadas del siglo XIX que buscaban nuevos mercados, así como también materias primas mas baratas, estaba legitimado por teorías científicas de hablaban de evolución y progreso. Hoy, el despojo y el saqueo no es llevado a cabo por los Estados, que han perdido el poder y se ha convertido en un "gerente mas" de las grandes corporaciones, sino por esas mismas empresas que legitiman su accionar en estas teorías que hablan del triunfo del liberalismo por sobre las demás teorías políticas y económicas.







Fukuyama habla del fin de la Historia por considerar como Historia solo a la evolución ideológica de los hombres, por ende, al no haber más confrontación ideológica no hay mas Historia. Sin embargo podemos decir que, en primer lugar, el comunismo si bien fue herido de muerte con la desintegración de la URSS pervive en Cuba, en Corea del Norte y fundamentalmente en el país que Huntington considera como la mayor amenaza del siglo XXI: China. El comunismo se ha modificado y adaptado sus políticas económicas para sobrevivir en un

mundo capitalista, pero, en la medida en que los teóricos mercenarios que responden al estado norteamericano intentan posicionar a China como nuevo enemigo a considerar, significa que la amenaza comunista sigue latente.

La caída de Unión Soviética obligó a buscar un nuevo enemigo que amenace la paz mundial de la cual Estados Unidos es el guardián. Ese nuevo enemigo fue el terrorismo islámico. Mientras tanto, Norteamérica prepara su arsenal para medirse con la próxima potencia capaz de disputarle su hegemonía mundial, el cuco asiático.

La Historia es todo lo que el hombre deja detrás de él, la ideología forma parte de ella siendo, simplemente, una más de todas las dimensiones que afectan las acciones de los sujetos. Si el Estado era para el marxismo un instrumento en manos de la clase dominante, del mismo modo, la Historia es para el Estado un instrumento de cohesión tan importante que aquellos pueblos que no tenían una historia propia *se la inventaron* para, luego, poder utilizarla como un dispositivo legitimador, impuesto a través de su aparato ideológico por excelencia que fue la escuela, hoy en día reemplazada según una apreciación personal, por los grandes medios de comunicación que son los que dictaminan lo que las personas deben pensar, decir y hacer. Es probable que terminar con la Historia sea un objetivo a alcanzar por aquellos a quienes les molesta, en la medida en que ésta nos sirva para comprender el presente a través de lo sucedido en el pasado y, en la medida en que nos fuerce a pensar porque como bien dice Lyotard: "*En un universo donde el éxito consiste en ganar tiempo, pensar no tiene más que un solo defecto, pero incorregible: hace perder el tiempo*" (Lyotard, 1987,47)

BIBLIOGRAFÍA

-  Althusser, L. (2011) "La filosofía como arma de la revolución" Ed. Siglo XXI, México
-  Caballero, C. "De Fukuyama a Huntington o la legitimación del etnocidio"
-  Hobsbawm, E. "Historia del Siglo XX" Ed. Critica, Buenos Aires, 2016.
-  Huntington, S. "¿Choque de Civilizaciones? 1993
-  Fukuyama, F. "¿El fin de la Historia?"
-  Lyotard, J. F. "La posmodernidad explicada para niños" Gedisa, Barcelona, 1987.

PELÍCULA: "Good bye Lenin", Wolfgang Becker, Alemania, 2003